# CUARTA PARTE

## Duque de Nevers.

---

### I

#### LA CORTE DE FRANCIA

Cansado de combates, que nunca le habían gustado, habíase retirado Luis XV á Versalles y trataba de imprimir de nuevo á la corte de Francia el esplendor que ésta tuvo en tiempos del gran rey.

Tenía entonces treinta y cinco años cumplidos y pasaba por hombre muy guapo.

De creer á una dama que tenía gran intimidad con él, madama T..., de la que existen interesantes memorias anónimas acerca de las costumbres de la época, el monarca era de airosa figura y modales nobles y despejados.

Dicha dama le encontraba — y esto es realmente una

observación de mujer — piernas admirables, pero muslos demasiado cortos.

Su frente era alta y coronada por abundantes cabellos oscuros, siempre colocados artísticamente y que hacían resaltar más la frescura de su cutis.

Tenía además boca muy fresca, lindos dientes y cejas perfectamente dibujadas.

Finalmente, ese conjunto estaba completado por una nariz aguileña que acababa de formarle — es madama de T... quien habla — un rostro seductor.

Lo moral, según parece, respondía á lo físico.

Al primer golpe de vista podía reconocerse en la faz franca del rey esa amabilidad, esa dulzura que formaban el fondo de su carácter.

Al contrario de lo que ocurre en muchos de sus semejantes, tenía siempre mucha cortesía, extremada amenidad con todo el mundo, ya se fuera de elevada condición, ya se perteneciese á las clases secundarias de la sociedad.

Aun en sus audiencias, donde, con frecuencia, había que combatir opiniones contrarias á la suya, nunca se oyó salir de su boca una palabra dura.

¡Ay ¡ ¿por qué esas bellas cualidades, que todos los historiadores están acordes en reconocerle, se ven empañadas por aquella inclinación al libertinaje que acabó por ejercer tanto dominio en él y que, para satisfacerla, le indujo á cometer las acciones más infames?

Testigo es el Parc aux Cerfs.

En la época de que hablamos — 1745, — le bastaban afortunadamente sus favoritas, y la marquesa de Pompadour, que sucedía en su cariño á la señora de Châteauroux, le impedía, gracias á nuevas seducciones, dedicarse demasiado á sus gustos libertinos.



El poder de la marquesa parecía tener muy distinta importancia del que ejercieron las anteriores favoritas.

Mezclábase con los hombres de Estado, interrogaba á los ministros, buscaba á los miembros del Consejo, en una palabra, trataba de apoderarse de las riendas del Estado, tan flojas en las débiles manos de su real amante.

Y podía renovar con tanta más facilidad á la señora de Prie, cuanto que ya no estaba el cardenal de Fleury para equilibrar la debilidad de Luis XV.

El momento era, pues, muy favorable á su ambición.

Además, tenía cuanto es necesario para obtener buen éxito : ingenio, agudeza y un encanto natural que cautivaba inmediatamente.

Por eso no tardó en ser dispensadora de gracias y de empleos eminentes.

Ya no hacía Luis XV nada sin consultarla, y los asuntos más graves pasaban por sus manos.

Ya se sabe lo que resultó y las decepciones que nos valió esa política femenina.

La corte estaba en Versalles, en donde se sucedían sin interrupción fiestas y diversiones de todas clases.

Á pesar de hallarse en diciembre, el rey y la favorita vivían en el pequeño Trianon.

Así lo había decidido la marquesa, y Luis XV se

había conformado á esa decisión sin dejar oír el más ligero murmullo.

Entonces existían tres grados entre las personas que componían la corte :

El *mundo*, la *sociedad* y los *íntimos*.

El *mundo* comprendía á los altos dignatarios, tales como embajadores, ministros, grandes oficiales de la corona y otros muchos funcionarios para quienes el rey conservaba su majestad olímpica.

La *sociedad* estaba constituída por damas y señores admitidos en palacio y honrados con una especie de familiaridad que disminuía los rigores de la etiqueta, por la cual mostraba el monarca excesiva severidad.

En cuanto á los *íntimos*. era una reunión de gentiles hombres, cuyas funciones eran bastante delicadas ; puesto que consistían en servir á Luis XV en sus caprichos amorosos y á ser los compañeros de sus desvíos.

Los Subises, los Brissacs, los Richelieus, los Luxemburgos formaban parte de esta última categoría.

Había también entre ellos un marqués de reciente fecha que parecía tener aptitudes muy especiales para el empleo que se le destinaba.

Este personaje era el propio hermano de la marquesa, el ex carnicero Poisson, cortador en casa de su padre.

En cuanto su hermana se halló en « buena posición », como él decía, el cortador de carne creyó notar que su apellido carecía de prestigio.



¡ Poisson ! eso no rimaba con nada, sonaba mal y hasta no olía muy bien !

Entonces, fué á pedir á la marquesa que le cambiase el vocablo que hasta aquel día le había designado entre los humanos, por otro más sonoro.

Ella habló inmediatamente al rey del deseo de su hermano, rogándole que le nombrase barón, conde ó marqués de cualquier cosa, é inmediatamente también el rey nombró á Poisson marqués de Vaudières, acercándolo más á su persona, para desempeñar el empleo de que hemos hablado.

Pero, como no hay rosas sin espinas, todo el mundo se burlaba del nuevo *enmarquesado* á quien llamaban el *marqués de antes de ayer*, lo que le hacía rabiar mucho y dirigir á los burlones las expresiones más picantes, con gran júbilo de estos últimos, que le contestaban en el mismo tono.

De todos modos, la dicha de llamarse « noble » aplicaba un bálsamo á las mordeduras que su amor propio tenía que sufrir y acabó por conformarse con la situación.

Mas de esa metamorfosis de un carnicero en gentil hombre, brotó una historia que por poco hace romper seriamente á Luis XV con su favorita.

Cierta mañana, otro Poisson, simple primo de la Pompadour, y que era tambor del regimiento del Piamonte, llegó á París, encaminóse directamente á casa de su parienta, que apenas había oído hablar de él y casi ignoraba su existencia.

— Prima — le dijo, sin más preámbulos, y después

de haber besado en ambas mejillas á la marquesa, así, á la pata la llana, delante de otras varias damas, — vengo á pedirte un pequeño favor.

— ¿Qué quiere usted? — preguntó la marquesa, avergonzada de tal parentela.

— Quisiera ser teniente de guardias, en cuyo regimiento no hago más que tocar el tambor.

— ¡Usted... teniente!...

— ¡Sí, prima! si quieres firmarme el ascenso en seguida, me lo llevaré en el bolsillo.

— No tengo derecho á firmar nada; pero está bien. Retírese; ya hablaré al rey.

— Cuento contigo ¿eh? No me hagas esperar mucho, de la contrario, vendré á refrescarte la memoria.

— No... no... váyase... váyase...

Retiróse el rústico, orgulloso como un Artabán, haciendo sonar sus enormes botas claveteadas, contra el suelo de las habitaciones, y lanzando miradas á las damas que encontraba.

La misma noche, aunque la petición del tambor le pareció de audaz insolencia, madama de Pompadour la sometió al rey, quien la halló muy natural y mandó en seguida que se hiciera el nombramiento en el ministerio de la Guerra.

Pero se presentó una pequeña dificultad en quien nadie había pensado.

Los oficiales del regimiento del rey se negaron á recibir entre ellos á tan singular compañero.

— Le creemos á usted un buen muchacho — le dijeron; — pero es poco probable que, en la obligación en



que estaría usted de tenérselas que haber con todos nosotros, no le llegase alguna torpe estocada que curaría demasiado radicalmente la fiebre de ambición que le atormenta.

Estas palabras pronunciadas de tal modo hicieron comprender al primo de la marquesa toda la fuerza del argumento que contenían... y creyó prudente no insistir.

Mas entonces, la señora de Pompadour, á quien se había contado el caso, púsose furiosa.

Ella que no había encontrado obstáculo en la voluntad del rey, fué muy mortificada por el recibimiento hecho á su pariente y quiso persistir, amenazando á los oficiales con obtener su separación del ejército si no guardaban á su primo todas las consideraciones debidas á un miembro de su familia.

Los señores guardias no se preocuparon por las iras de la marquesa, y como el primo tratase de introducirse de nuevo entre ellos, lo despacharon rudamente.

No quedaba más que un recurso á la que así desafiaban: quejarse á su amante.

Desgraciadamente para ella, éste, que se reprochaba ya el nombramiento del tambor, dió la razón á sus oficiales, lo cual produjo gran cólera en la bella, quien estuvo enfadada ocho días, al cabo de los cuales se contentó con que nombrasen á su primo teniente de dragones.

Por otra parte, costaba mucho á madama de Pompadour formarse relaciones convenientes, y, á parte de los serviles cortesanos que la admitían á gusto, por la

ternura que la profesaba el monarca, los grandes señores y las damas de alto copete se negaban á reconocerla como de las suyas.

La burguesía y el pueblo sentían mucho desprecio á la advenediza, á quien consideraban, con razón, como « la primera cortesana de Francia ».

Estimaban en tan poco su fortuna como los honores de que el rey la rodeaba y los de que ella colmaba á su familia.

Así es que, cuando en París adquirió un suntuoso hotel — el Eliseo, actualmente palacio presidencial — un latinista lo bautizó en guasa : *ædes reginæ meretricum* (palacio de la reina de las meretrices).

Á la muerte de su madre, que en vida fué amante del arrendador general Lenormand de Tournehem, hízose circular esta cuarteta que resumía las cualidades de la difunta :

Ci-gît qui, sortant d'un fumier,
Pour faire sa fortune entière,
Vendit son honneur au fermier,
Et sa fille au propriétaire (1).

Cuando Luis XV transformó en marqués de Marigny á Abel Poisson, hermano de su favorita, anteriormente marqués de Vaudières, y le dió el cordón azul del Espíritu Santo, durante más de un mes comentaron sarcásticamente el hecho las damas de la corte.

(1) Yace aquí quien, salida de un estercolero, — Para hacer completa fortuna, — Vendió su honor al arrendador — Y su hija al propietario.



Las memorias de donde extraemos estos detalles, citan también la siguiente anécdota.

En la época en que la señora de Pompadour no era aún más que la mujer de Le Normand de Etioles, el señor de Bridge, caballerizo del rey, había tramado con ella relaciones que se prestaban mucho á la maledicencia, aunque no se tuviera ninguna prueba segura de que fuesen culpables.

Luis XV, que llegó á conocer esas relaciones, experimentó verdadero despecho y resolvió confesar al señor de Bridge, para saber por su propia boca hasta dónde había llegado su intimidad con la señora de Etioles.

Una mañana, ordenó el monarca á este gentilhombre que le acompañase de paseo por los bosques de Versalles; luego, cuando se hallaron los dos solos, Luis XV mandó sentarse junto á él á su compañero, en un banco rústico y le dijo, á quemarropa, mirándole en lo blanco de los ojos :

Señor de Bridge, espero de usted una gran prueba de sinceridad, y la reclamo como prenda de fidelidad á mi persona.

— En ese caso, no podrá usted dudar, Sire, de que seré sincero.

— Cuento con su palabra... ¿Ha conocido usted á la marquesa de Pompadour antes de que estuviera en la corte?

— Sí, Sire.

— ¿La ha conocido, lo que se llama conocido?

— No sé el sentido que Vuestra Majestad da á esa

palabra; pero siempre he tenido en gran estima á esa señora.

— ¡Ah! por favor, señor conde, no entremos en vagos significados. Desconfío tanto de la palabra estima, que me vienen ganas de preguntarle, refiriéndome á la señora de Etioles : *¿Cuántas veces la ha tenido usted en estima?*

— ¡Dios mío! ¡Cuán lejos de la verdad están las suposiciones de Vuestra Majestad! Ya sabe usted que me ocupo algo en pintura, que la señora de Pompadour no carece de talento en esta materia. Así es que íbamos, bastante á menudo, lo reconozco, á dibujar lindos panoramas á orillas del Sena; pero nada más.

— Y, según me han dicho, escogían ustedes de preferencia los bosques, porque nada hay que produzca mejor efecto en un cuadro.

— Es verdad, Sire.

La naturaleza es muy comunicativa, señor conde; el perfume de las flores, la sombra de los bosques, el murmullo de los arroyos...

— La malicia de Vuestra Majestad tiene infinita gracia... Pero ¡palabra de caballero!...

— Deténgase; un juramento en tal conversación sería cosa demasiado seria...

En aquel instante tocó el *Angelus* en el castillo.

— Es la hora de la oración — añadió el rey, interrumpiendo su charla.

Y, en voz alta, empezó á hacer sus rezos.

— *Amén* — repuso el caballerizo, cuando hubo terminado.



— Convenga conmigo — dijo Luis XV, como si de nada se tratase, — que ha obtenido usted los favores de la marquesa.

— Imposible, Sire, no puedo convenir en un hecho que nunca ha existido.

— Vamos, falta usted á su promesa. Piense en que la señora de Pompadour me lo ha contado todo ella misma.

— La señora marquesa es muy libre de decir, sin duda para entretenerse, cuanto se le ocurra; pero yo no puedo mentir.

Á ella le gustaban las artes; las cultivábamos juntos; ese comercio le agradaba; pero, entre nosotros, no hubo nunca nada más que amistad.

— Ya volvemos á las palabras elásticas; quiere decirse que no sabré nada.

— Sire, es completamente cierto que nada nuevo puedo enseñarle.

— Bueno; dejo de insistir; puede ser que me calle usted la cosa por delicadeza... Además, no sé por qué le pedía la confirmación de un hecho de que estoy seguro.

— No sé realmente que más decir á Vuestra Majestad.

— Hablemos de lo por venir.

— ¡Cómo! ¿Pensará Vuestra Majestad?

— ¡Quién sabe! Si volviera á aficionarse la marquesa á la pintura.

— Conociendo las ideas que usted tiene, Sire, me abstendría de acompañar á la señora de Pompadour.

— ¿Y si ella le obligaba?... Un gentilhombre francés no es un casto José.

— Claro que no, Sire; pero puede serlo para no desagradar á Vuestra Majestad.

— No soy exigente; si el acontecimiento se efectuase...

— Jamás.

— Pero, suponiendo que ocurra, ¿me enteraría usted?

— ¿Antes, Sire?

— No; sólo después; ya ve usted que soy buen príncipe.

— Con esas palabras terminó la conversación.

La historia no dice si la marquesa « volvió á la pintura » y si el señor de Bridge se vió en la necesidad de avisar á Luis XV, así como éste se lo había encargado.

La señora de Pompadour acababa de introducir recientemente á Voltaire en la corte.

El gran poeta no tuvo en su favor para ello más título que su gran talento.

Esto era débil á los ojos de los que ostentaban cordones y placas estrelladas, y hacía falta toda la protección de la marquesa para que consintiesen en tolerarlo en su círculo.

El mismo Luis XV, aunque lo veía sin disgusto, no le acogía como el filósofo merecía.

El espíritu satírico y mordaz de éste enfadaba á menudo al soberano, poco acostumbrado á que se expresaran tan libremente en su presencia;

Para celebrar el triunfo de Fontenoy, había compuesto



Voltaire un bailable heroico titulado *El Templo de la Gloria*, y que debía ser ejecutado por caballeros y damas con títulos.

Excusado es decir que Madama de Pompadour desempeñaba en él uno de los principales papeles.

La marquesa, que quería favorecer al autor, había conseguido del primer gentilhombre de la corte que lo colocasen en el palco del rey, el día de la representación.

Quedó satisfecha, y Voltaire se hallaba en pie detrás de Luis XV.

El monarca era designado en la obra con el nombre de Trajano, alusión que el poeta creía ser de las más halagüeñas y que, en efecto, lo era.

Pocos príncipes han podido ser comparados á ese emperador romano que fué llamado *Optimus* por la cordura con que gobernó.

Ahora bien, si la corte parecía saborear la obra, Voltaire la saboreaba más que nadie y se dirigía mentalmente calurosas felicitaciones.

Sabemos que aquella imaginación eminente tenía el defecto de la vanidad.

Hacia el final del baile, el sentimiento íntimo que de haber compuesto una obra maestra tenía, subió en él á tan alto grado que, no pudiendo contenerse más, cogió á Luis XV entre sus brazos y exclamó, arrebatado :

— ¿Se reconoce usted, Trajano?

El rey, que no era un César de los antiguos tiempos, halló aquel entusiasmo por demás romano, y á una

seña que hizo, los guardias se apoderaron de Voltaire y lo dejaron, muy cortésmente, es cierto, fuera del palco real, en un canapé colocado en un pasillo.

Allí, el filósofo pudo meditar acerca de los inconvenientes que á veces puede acarrear el franquear la inconmensurable distancia que separa á un rey de un gran poeta.

No obstante, antes de abandonar el teatro, Luis XV le mandó llamar para felicitarlo, lo que atenuó la vivacidad del procedimiento y consoló al autor.

Á pesar de todas las atenciones de que su ilustre amante la rodeaba, no era completamente feliz Madama de Pompadour.

Su familia era para ella manantial inagotable de disgustos y enojo.

No sólo su hermano cometía tonterías en número incalculable y cada vez en aumento, tonterías que le costaba á ella gran trabajo arreglar, sino que también su padre « el tío Poisson », como le decían — porque éste no pidió que le bautizasen con otro nombre — no cesaba de cubrirla de vergüenzas y ridículo.

Sin la menor educación, grosero por naturaleza, tenía además el vicio de la embriaguez.

Como entraba en la corte, llegaba á veces hasta su hija titubeando, apoyándose contra las paredes para no caer y exhalando un « perfume » *sui generis*, tan penetrante que los mismos criados se tapaban las narices.

Una mañana, que estaba ya completamente beodo, aunque aun no habían dado las diez, se presentó en Trianon para hablar á la marquesa.



El lacayo que estaba de servicio, al verle que casi rodaba por el suelo, quiso impedirle que siguiera adelante.

Pero él, empujándole y pasando, le dijo :

— ¡Necio! ¿No sabes que soy el *suegro del rey?*

Además, el buen hombre tenía un cinismo que sublevaba.

Poco tiempo después, cenando con varios banqueros notables, tuvo, á los postres, esta extraña salida :

— ¿Saben ustedes — dijo — que todos somos unos personajes raros?

Y como se fijasen en él las miradas interrogándole, añadió :

— ¡Ya lo creo! Parecemos algo; pero, en realidad, no somos nada, ó somos muy poca cosa... Así, usted, señor de Montmartel, ¿qué es?... ¡Hijo de un tabernero!... ¿Y usted, señor de Salvalète?... ¡hijo de un vinagrero!... ¿Y tú, Bonnet?... ¡el de un lacayo!... En cuanto á mí... ¿quién lo ignora?

Ya puede figurarse que con semejante padre, costaría mucho á la marquesa aparentar « ser algo ».

No obstante, lo conseguía, gracias á ese encanto natural de que estaba llena toda su persona y que hacía pasar por alto su triste parentela.

Además, cuando los suyos le daban demasiados disgustos, ahogaba su pena en una serie de fiestas más brillantes unas que otras.

Creemos inútil decir que la reina no tomaba nunca parte en esas fiestas.

Hacía ya tiempo que María Leczinska estaba resignada.

Viviendo de oraciones y de ejercicios piadosos, pedía á Dios que la consolase de la indiferencia de su real esposo, al que ella continuaba amando á pesar del casi injurioso abandono en que la tenía.

Cuando hablaban de él en su presencia, fingía la reina ignorar su existencia libertina y, lejos de censurarla, ponderaba al contrario, acaloradamente sus buenas cualidades.

La pobre mujer era y siguió siendo una esposa modelo hasta su última hora.

La señora de Chaverny estaba obligada á comparecer á menudo en la corte, por el puesto que su marido tenía en ella.

No en Trianon, por supuesto.

Como tenía ocasión de hablar con frecuencia á la reina, ésta le profesaba gran amistad y se hallaba muy á gusto en su compañía.

Y hablaba familiarmente con ella, como con una amiga.

En una de sus conversaciones, contóle Flor las desgracias que habían ocurrido á Aurora.

La reina se compadeció de todo corazón.

— Tráiganosla — dijo á la marquesa, — yo sé lo que son penas... Tal vez consigamos suavizar las suyas.

— ¡Ay! señora — contestó Flor, — á pesar de toda la dicha que experimentaría ella al ser presentada á Vuestra Majestad, se negaría, lo sé, á dejar su retiro. Ha jurado, según me ha dicho, no aparecer en el mundo hasta que haya encontrado á su hijo y vengado á su marido.



— ¿Tiene alguna esperanza de realizar algún día sus deseos?

— Sí, señora, aunque no sabe en qué época podrán realizarse.

Esta conversación se desarrollaba antes de que Helouin y Cocardasse hubiesen encontrado al hijo del conde de Lagardère en la persona del sargento Buena Espada.

Á su regreso de Flandes, Flor, metida en el secreto por los dos hombres, que le rogaron, exponiendo sus razones, no indicar nada á la condesa hasta nueva orden, dijo á la reina :

— Señora, creo que no tardaremos en tener en Versalles á Aurora de Lagardère.

— ¿De veras? ¿Se ha librado ya de su juramento?

— Todavía no; pero poco falta.

— Me alegro mucho por ella — dijo la reina; — en tanto que yo la vea, hágale usted saber mis simpatías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO